

CANSADOS DE BOLÍVAR

Tomás Straka

El bolivarianismo ha sido denunciado recientemente por los cuatro historiadores vivos más famosos de Venezuela, en sendos libros con rotundo éxito de ventas. Tal acontecimiento no es consecuencia de una simple postura opositora, sino de la revisión colectiva del legado de Bolívar y su papel en el destino de Venezuela como nación democrática.

ENTRE 2003 Y 2007 pasó un hecho sin precedentes en la historia republicana de Venezuela. Mejor dicho: sin precedentes en la *historiografía* que los venezolanos hemos escrito, enseñado y aprendido desde que nos constituimos como república independiente, de forma definitiva, en 1830. Los cuatro historiadores vivos más importantes de la hora publicaron sendos ensayos para denunciar y sobre todo deslindarse de lo que, hasta entonces, mayoritariamente había entendido la sociedad venezolana como la más preciosa de las herencias del Libertador. Es decir, se deslindaron de esas ideas, que desde hace siglo y medio, se han mostrado susceptibles de las más variadas y hasta contrapuestas interpretaciones, a las que de forma general hemos llamado bolivarianismo; ideas proclamadas como las fuentes nutricias de nuestro ser como nación, ahora más que nunca, cuando la república hasta se apellida en su título oficial de «bolivariana».

No se trata de poca cosa. Se trata de una «rebelión» intelectual que puede llegar a traer importantes con-

secuencias, porque expresa cambios fundamentales en la sociedad venezolana. No tanto por el acto en sí de que cuatro historiadores, por famosos e influyentes que sean, se hayan *rebelado* ante lo que llegó a constituirse en el verdadero mito fundacional de los venezolanos. De hecho, desde mediados del siglo pasado pudo desarrollarse una nueva historiografía muy apartada de los cantos épicos y del culto a los héroes. Esa nueva historiografía fue producto de la profesionalización del oficio de historiador en escuelas universitarias, así como del clima de razonable libertad democrática que se vivió, y que se hizo patente en aspectos tan importantes como la autonomía de las universidades, la libertad de cátedra y una libertad de expresión que en términos generales fueron respetados. La importancia de esa rebelión radica en la circunstancia política del actual momento, la llamada «Revolución bolivariana», que toma muchas de las imágenes y los argumentos de esa visión heroica que prácticamente había desaparecido de los círculos académicos, pero que evidentemente sigue te-

niendo mucha fuerza en las mayorías, incluso en las opositoras, donde muchos a lo sumo gritan que Bolívar no fue como lo pinta Chávez sino como lo pintan ellos. La Revolución bolivariana ha hecho que la revisión crítica de Bolívar, que hasta el momento ocupaba a un reducido grupo de investigadores y docentes, ahora sea realizada por un espectro social bastante más amplio. O lo que es lo mismo: por primera vez desde la década de 1840 un grupo significativo de venezolanos se ha preguntado, seriamente, sobre las bondades del culto al Libertador y su *gesta heroica*, así como sobre su conveniencia para la construcción de un modelo de vida democrático.

Obviamente, con esto no negamos la posibilidad de que, al menos en muchos casos, se trate de cierto tipo de oposición al régimen de Hugo Chávez, que sistemáticamente contradice todos sus planteamientos, cualesquiera que sean. Tampoco vamos a caer en el extremo de negar la validez de todo lo que plantea el discurso épico-revolucionario del chavismo, que mezcla ingredientes de la vieja historia patria, así como de

su adaptación hecha por los marxistas. Tampoco vamos a decir que la democracia de 1958 a 1998 fue un dechado de virtudes, pues esto haría del todo incomprensible a la revolución chavista y el tremendo eco que consiguió en vastos sectores de la sociedad. Mucho menos vamos a eludir las acusaciones que desde la acera de enfrente se les hacen a los autores en cuestión —Germán Carrera Damas, Elías Pino Iturrieta, Manuel Caballero y Guillermo Morón— como simples portavoces de la oposición, militancia que, por demás, en modo alguno ocultan; como parte de una cons-

La Revolución bolivariana ha hecho que la revisión crítica de Bolívar, que hasta el momento ocupaba a un reducido grupo de investigadores y docentes, ahora sea realizada por un espectro social bastante más amplio

piración de derechas, a la que sirven con espíritu de mercenarios; o como dolidos representantes del régimen caído, en el que desempeñaron cargos públicos, incluso de importancia. No vamos a eludir tales acusaciones, por mucho que sean, básicamente, *ad hominem* y callen que tales historiadores fueron también muy críticos entonces con la democracia.

Nada de eso, si queremos ser ecuánimes, puede ser escamoteado. Sin embargo, es el fenómeno sociocultural que se trasluce detrás de estos debates historiográficos y políticos el que nos interesa sondear, como expresión de un problema mayor. En efecto, pocas veces se ha puesto tan de manifiesto, en textos de tan amplia audiencia, la importancia de la conciencia histórica en el rumbo que una colectividad le da a su destino; la estrecha relación entre la versión que de su devenir tenga ella y la escogencia de sus opciones políticas.

La aparición (y el éxito) de cuatro títulos que cuestionan el culto bolivariano significa algo importante en una sociedad que tradicionalmente se ha proclamado bolivariana. En el muy agitado 2003 se publicó *El divino Bolívar, ensayo sobre una religión republicana*, de Elías Pino Iturrieta, que rá-

pidamente agotó dos tirajes y requirió una segunda edición. En el mismo año apareció ¡la quinta edición! (cosa muy poco común en un estudio historiográfico) de *El culto a Bolívar, esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, trabajo precursor de Germán Carrera Damas, publicado por primera vez treinta y tres años atrás, que fue el pionero en señalar y denunciar el culto al Libertador. A estos dos títulos les siguieron, en 2005, *El bolivarianismo-militarismo, una ideología de reemplazo*, también de Carrera Damas, y las muy polémicas memorias de Guillermo Mo-

rón, *Memorial de agravios*, donde llama a «desbolivarianizar» el país. Un año después, en el 2006, *Por qué no soy bolivariano, una reflexión antipatriótica*, de Manuel Caballero, en un mes requirió una segunda edición. La avidez con la que fueron comprados y leídos estos libros obliga a una ponderación que vaya más allá de la coyuntura política. Nuestra hipótesis es que se trata de un problema de envergadura, de fondo: el de la redefinición de nuestro proyecto como país, del modelo de democracia que queremos y del papel que la memoria del Libertador puede tener en él. Una memoria que si bien en 1842, 1883 o 1910 sirvió como una especie de tabla de salvación para darle cierta cohesión a una república que hacía aguas, y que ahora, cuando ya la nacionalidad y la república están al margen de toda duda, algunos sectores ven como una amenaza para la libertad, sobre todo los más vinculados con lo que representó el ensayo democrático, civil y liberal que se vivió de 1958 a 1998.

Cuando Carrera Damas publicó *El culto a Bolívar* en 1970, estaba abriendo una pequeña rendija en nuestra conciencia histórica, producto de diez años de ardua revisión de la historio-

grafía que la había alimentado, y que con el tiempo se reveló de insospechadas dimensiones. En la cresta de la «revolución historiográfica» que se experimenta a partir de 1958, gracias a la profesionalización del oficio de historiador, a la autonomía universitaria y al clima general de libertad (de cátedra, de expresión) que vivía el país, Carrera Damas determinó la forma en la que el discurso de la historia patria, nacido como pábulo ideológico para la legitimación de la república, había pasado a ser un mecanismo de dominación. Irreverente, el libro causó sensación en el mundo académico, bien por entusiasmo, bien por escándalo. Es un texto crítico que marcó un antes y un después en la historiografía venezolana. Sin embargo, no fue hasta que las cosas recobraron una proporción no vista desde los días de Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras, que no daban un paso sin hacerlo en nombre del Libertador, que el fenómeno denunciado por Carrera traspasó los umbrales de la academia para volverse un asunto de interés general.

Tres décadas después, cuando Pino Iturrieta retoma el tema, lo hace para denunciar que el culto se ha vuelto una patología; que la dependencia de la tutela de los héroes marca un rasgo preocupante; que la historia patria vuelta historia sagrada habla de un pueblo con dificultades para marchar solo, sin el concurso de sus dioses menores y de su Dios Padre bolivariano, como lo ameritan las democracias. Su animado ensayo es un recorrido por los episodios más resaltantes del mal, desde 1830 hasta Hugo Chávez, haciendo especial énfasis en él. Son los momentos en los que Carrera Damas también retoma el problema, en diversas conferencias y ensayos, que reúne en su *Bolivarianismo-militarismo*. En el texto analiza teóricamente el fenómeno, atendiendo a los grandes sobresaltos que el final de siglo estaba trayendo al mundo. Sostiene que a la caída del bloque soviético empezaron a levantarse «ideologías de reemplazo», en sustitución del muy desprestigiado marxismo-leninismo; ideologías que

compartían una base antiliberal y más o menos antidemocrática, es decir, el anatema a la democracia burguesa triunfante; un sentido de apoyo a las «clases explotadas», combinado con algunos aspectos de la nueva izquierda, como el indigenismo y el ecologismo, pero sobre todo se alimentaban de una vieja fuente de sustentación, ahora revitalizada: el nacionalismo.


Los casos de Rusia y las repúblicas de la ex Yugoslavia son notables, aunque no tanto como el del «bolivarianismo-militarismo» de Venezuela, en el que se han refugiado, dice Carrera Damas, los herederos de lo que llama «el socialismo autocrático» y el militarismo. Cuando el régimen civil, por diversas razones, colapsó en 1998, el vacío lo llenó esta «ideología de reemplazo». Más o menos tal es el mismo sentido de los ensayos recogidos por Manuel Caballero, que delinear el sentido antidemocrático del bolivaria-

nismo y su naturaleza «ur-fascista»; y por Morón, cuando propone también una liberación del Cid-Libertador, como lo llama para resaltar el carácter legendario que ha adquirido, en función de que logremos caminar con pasos propios.

No se trata, como muy bien advierte Pino Iturrieta, de renunciar a los héroes, o de que los venezolanos desechemos a los que tenemos, como ningún pueblo lo ha hecho. Se trata de atajar esa relación «patológica» que mantenemos con ellos, como una especie de Doña Juana que no puede separarse del hermoso cadáver de su amado.

¿Cansados de Bolívar? Más o menos. Cansados, en realidad, de las amenazas a la libertad que el culto al Libertador puede suscitar. Cerremos con la frase de Guillermo Morón que resume lo que de diversas formas todos estos historiadores parecen buscar como resultado final de sus prédicas: «Mientras tanto se pue-

de y debe recuperar la vieja Plaza Mayor de Caracas, limpiar las aceras del Palacio de las Academias, recuperar las escuelas integrales y restablecer el nombre de la República de Venezuela monda y lironda, la República cuyo fundamento es el pueblo con memoria y sin mito. Largo trabajo de reconstrucción para cien años, si no se secan los ríos, si no se talan los árboles, si no se mueren de hambre los niños de la calle, si no se termina de contaminar con odio bolivariano a la gente común y corriente llamada pueblo» (página 133).

Una república, pues, en la que el pueblo se dirija solo, como un adulto, como un colectivo libre, como lo requiere la democracia. Sí, ¡qué forma tan monda y lironda de explicar los objetivos de esta «rebelión»! 

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello

Ilustración: Oswaldo Dumont

